



VESPER

Columna invitada

Emma Díaz



Egresada de la Licenciatura en Ingeniería Mecatrónica por la UNAM y maestranda en Escritura Creativa por la Universidad de Salamanca. Cursó el Diplomado “Escribir Ficción” en Casa Lamm y participó en los talleres literarios de El Péndulo y la Casa del Lago durante varias temporadas. Escritora enfocada en narrativa breve y poesía desde temprana edad, publicada por primera vez a sus 14 años en una antología internacional de poesía con la pieza “Fe Ciega”.

El arte literario, las mujeres y los memes

Pienso que el arte es el único recurso inmaterial, sin el que no se puede vivir. En tiempos de pandemia esto quedó clarísimo: aquellas infinitas horas se hicieron soportables, gracias a que seguimos recibiendo historias y música, a que leímos y bailamos... Un goce estético que no sólo sirvió como medio para seguir ejercitando los sentidos cuando todo estaba detenido, sino incluso una razón para continuar a través de esa existencia aislada y en ocasiones,

Columna invitada

apocalíptica. Para mí el arte es el subtexto divino de la experiencia humana; engloba a la vez que expande la percepción del entorno, visibiliza lo oculto, redime o vulnera, desenmaraña misterios, tiende puentes hacia la otredad, apunta el espejo hacia la intimidad inconfesable (o inconsciente), ejercita de manera conjunta la sensorialidad y la emocionalidad, transforma los materiales crudos en vehículos espirituales de conjunción y sincronía.

Siendo la más humana de las expresiones, que nos asiste en el “entendimiento” emocional de nuestra experiencia en el mundo, es menester del arte traer a la mesa todo aquello que no ha sido integrado en nuestra vida emocional colectiva y darle un lugar, nombrarlo, reconocerlo, “sensoriarlo”. Por esta razón, es siempre pertinente hablar de la presencia de las mujeres en el arte. Sobre todo en los últimos tiempos, hemos podido presenciar una apertura sucesiva de espacios sociales a la intervención femenina; pero la tarea no está hecha si las políticas o la mecánica implementadas no están acompañadas de una sensibilidad sobre lo más sagrado de estas conexiones sociales. La importancia de esta apertura no reside sólo en ocupar espacios como si hubiese vacíos azarosos que llenar o cotos “naturalmente” masculinos que ceder forzosamente, sino en el reconocimiento y apropiación de lo que todo el tiempo estuvo allí, abriéndose paso a través de las eras, como gotas entre las grietas de la roca hasta que la partieron para dar lugar al torrente.

Ahora me ciño a la literatura, madre de las letras de canciones, de los guiones de cine, de las notas editoriales en el periódico y de la trama del manga. La literatura no es inocente en su poder de influencia;

Columna invitada

resumiendo La Poética de Aristóteles -considerado el máximo tratado de literatura-, la poética nos imita y nos purifica, mientras que la retórica nos persuade. Y casi todo registro humano que ha persistido a través de la historia lleva contenido literario: canción o tratado, trama o crónica de eventos, apología o consigna, adivinanza o albur. Esto es, el bagaje cultural de cada ser humano. Por eso es que viene a cuento preguntar: ¿y quién narra a las mujeres?, ¿quién canta sus alegrías y enfados, sus gustos y preocupaciones, comunes o excepcionales?, ¿cómo se integra la mitad de la población en el registro de la humanidad? Son preguntas esenciales que todas y todos deberíamos hacernos, pues a falta de registro propio en muchas tradiciones literarias, la ventana que tenemos hoy hacia el pensamiento y la vida emocional de las mujeres, tiene vidrio polarizado y de tres capas, a través del cuál es casi imposible sentir algo. Ese vidrio es la visión masculina que, debido a cómo se configuraron los roles de género, muy difícilmente logra acceder al contenido emocional femenino en alta resolución. En lugar de eso, los sujetos femeninos en la tradición literaria masculina son exóticos o planos y sus acciones, incomprensibles o viles; sus actividades sociales se valoran en función de su utilidad para las actividades sociales de los hombres. Pero más grave aún, la identidad de las mujeres revolotea alrededor de esa utilidad (o inutilidad), con etiquetas talladas en piedra que impiden conocer la multiplicidad de experiencias internas que forman la identidad individual de cada mujer. ¿Cómo nos educamos las mujeres en esa casa de espejos, que es la tradición literaria?

Columna invitada

Afortunadamente, a través de las épocas, algunas mujeres han logrado, a pesar de las restricciones (estas sí, de carácter social y político) difundir exitosamente su arte para mostrarse, declarar, cuestionar, expandir la noción. Y no necesariamente porque su literatura sea contenciosa, sino simplemente porque está escrita desde su propia experiencia interna, lo cual es polémico por sí mismo. En México, ¿Quién, si no Nellie Campobello, hubiera retratado la resiliencia de las mujeres durante la etapa más violenta de la revolución mexicana? Y en Europa, ¿quién de los contemporáneos de Jane Austen se hubiera aventurado a proponer que las mujeres eran mucho más que bienes de intercambio entre la burguesía? Estos son únicamente dos ejemplos, porque nombrar a cada una de las autoras y su aportación a nuestras nociones actuales, sería una labor ardua para esta intervención. La buena noticia es que hay muchos esfuerzos enfocados a rescatar y reconocer esas voces, aunque sin duda nos hemos perdido para siempre de varias que no lograron fijarse.

Sobre la literatura contemporánea, hay buenas y malas noticias. La buena es que, gracias a las tecnologías digitales (que por cierto han permitido la creación de espacios como este maravilloso semanario), los espacios de difusión han evolucionado, desde la industria editorial centralizada, con pocos jueces y pocas miradas filtrando lo que consideran digno de llegar al público, hasta la multiplicidad de medios y herramientas que permiten una polifonía de expresiones, donde las mujeres podemos forjar nuestros propios caminos hasta las lectoras y los lectores, con posibilidades máximas de eludir las restricciones excluyentes que han condenado a muchas autoras a la marginalidad. La mala noticia es, que este entorno digital es la ley de la selva,

Columna invitada

complicándole a las lectoras y los lectores la tarea de seleccionar y seguir el rastro de los contenidos literarios a los que quisieran acceder. Adicionalmente, convive en el mismo espacio el contenido mercadotécnico, el personal, el político y el emanado de los grupos de poder, sin reglas claras que permitan distinguir la intención del autor para contextualizar y clasificar correctamente las creaciones. Para complicar más el asunto, las identidades “avatáricas” en las redes sociales y plataformas digitales, por una parte permiten mayor libertad de auto-representación y de expresión contestataria, mientras por otra desinhiben las bajas pasiones para facilitar la polarización o en el peor de los casos, facilitan la comisión de ciertos delitos.

Parece que di un salto muy grande para esta disertación: de la tradición literaria las contradicciones del entorno digital. Me justifico con el hilo conductor, que es el arte y las mujeres. Y todo tiene que ver. Entre quienes se especializan en la literatura, las posibilidades de lo digital representan una disrupción sobre la que aún no existe un mapa con coordenadas claras; tan pronto como es posible asir una arista, el entorno ya evolucionó nuevamente para generar inestabilidad. Hace tan solo quince años, fui pionera del blogging con contenido de opinión editorial sobre la situación política de mi país y quienes hacíamos esto, nos comportábamos como piratas, rebeldes de la web (ni nuestros nombres nos sabíamos). Hoy, son los medios convencionales los que acuden a las tendencias de Twitter para medir el pulso de la opinión pública y calibrarse. Sin embargo, la literatura no parece estar siguiendo este camino: aún se debate qué es literario y qué no, qué códigos es válido adoptar y cuáles no. A mí me parece más importante descifrar qué nuevas exigencias se nos plantean a los

Columna invitada

escritores en la era del Meme: ¿convertirnos también en productores audiovisuales o en programadores?, ¿actualizar nuestros códigos de lenguaje y mandar al demonio a la RAE?, ¿sacrificar la noción de autoría por completo?, ¿monologar sobre la “alta literatura” mientras las audiencias ocupan su tiempo libre navegando TikTok? Y a todos estos retos, hay que añadir el diálogo acelerado y expansivo sobre los roles de género, en concordancia con la multiplicación de conexiones globales y culturales que permite una resonancia humanitaria en torno a este tema como a casi ningún otro. Las escritoras y las lectoras no podemos sustraernos de estas nuevas navegaciones culturales, mucho menos permitir que “se nos vaya el tren” y terminemos al margen de este bagaje cultural en formación (cuyo modo de registro es un misterio: en la red todo es transitorio). Estamos llamadas a ser parte activa, cuando no originadora de los virajes en esta parte de la historia del arte. Y las lectoras y los lectores hoy día, tienen el mismo peso específico que las escritoras en la creación de esas ventanas de las que hablaba al principio; las que nos muestran la experiencia interna de las mujeres. Aquella expresión que no se mira y con la que no se dialoga, se pierde para siempre. Es lo contrario a la regla de operación del meme. Aunque actualmente asociamos esta palabra con alguna imagen comentada irónicamente, meme es la palabra acuñada por el biólogo Richard Dawkins para referirse al equivalente cultural de un gen biológico (Ruiz, 2019). José Manuel Ruiz Martínez (2019) describió lo siguiente:

Un meme sería una suerte de unidad de cultura capaz de transmitirse y sobrevivir en un determinado ecosistema social, al igual que los genes biológicos y, como éstos, sufrir

Columna invitada

mutaciones, conjugarse con otros memes para formar unidades culturales más complejas o, en un momento dado, extinguirse por el empuje de memes más fuertes.

En otras palabras, cada unidad de cultura permanecerá únicamente por réplica, mutación y conjugación. A esto me refiero cuando menciono que ésta es la era del meme. Es la hora de la verdad: en la lógica de la red, ningún grupo social es capaz, por sí mismo, de fijar unidades culturales, mucho menos de seleccionar cuál permanecerá, aunque muchos lo han intentado por medio de escaladas de bots, con alcance y durabilidad limitada a la inversión de recursos. Esto no significa que las mujeres debamos permanecer pasivas observando lo que se replica, sino todo lo contrario: es nuestra actividad colectiva, nuestra creación, recepción, reinterpretación, apropiación, remezcla y diálogo con las expresiones, lo que les genera oportunidades aunque después, autoras y lectoras, tengamos que liberar nuestras interacciones a la marea y esperar el retorno de la ola, en la que esta vez seguramente, reconoceremos alguna parte de nosotras mismas y podremos reivindicarnos, todas, como autoras.

Hoy es posible combinar mi mirada, “genéticamente” (¿o “meméticamente”?) con la de Sor Juana y la de “La Rosalía”, conjugarme con ellas a través del tiempo y la idiosincrasia para que esa nueva voz alcance nichos a los que individualmente no accedimos, y a la vez fortaleciendo las tres voces individuales. Esta es la parte que considero positiva para las mujeres en la literatura posmoderna digital, más allá de la discusión sobre qué es literario y qué no. Si el ímpetu es creativo, si el material de trabajo es el lenguaje,

Columna invitada

si hay goce estético en hacerlo y nos permite acceder a nuestra experiencia interna, es arte literario. Pero habrá quien sostenga que las sociedades hiperconectadas tienden al analfabetismo funcional, que se avecina el fin de la “alta literatura” y las editoriales, que la inteligencia artificial nos sustituirá a las escritoras y los escritores para siempre y un largo etcétera. Como cuando apareció la imprenta y desapareció la profesión del copista, cuando los libros dejaron de tener “alma caligráfica” y pasaron de la burguesía culta al “populacho ignorante”.

No me apresuraría a declarar la decadencia de un arte literario, que siempre ha evolucionado junto con el medio a través del cual se materializa, pero sí pienso que es necesario un nuevo paradigma en el proceso creativo, que permanezca ciego a las fronteras, tanto con otras artes como entre las audiencias, que sea incluyente y audaz, colaborativo y desvergonzado, más emocional e ingenuo, como si siempre estuviésemos descubriendo el arte por primera vez.